

MICRONOMICÓN

Antología de narrativa breve

Fernando Lafuente Clavero



CON PLUMA Y PIXEL

Título: MICRONOMICÓN. Antología de narrativa breve

Primera edición: septiembre 2020

© Fernando Lafuente Clavero, 2019

© Con Pluma y Píxel, 2020

<http://www.conplumaypixel.com>

Maquetación y diseño: Con Pluma y Píxel, 2020

ISBN-13: 978-84-120325-8-1

Depósito Legal: LR426-2020

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

PRÓLOGO

Micronomicón no es meramente un juego de palabras. No es solo una selección de mis mejores relatos breves e hiperbreves, ni siquiera es únicamente narrativa de fantasía oscura y ciencia ficción... cuando no de inquietante realidad. Es una oda personal al género.

Porque esta obra parte de mi convicción de que el microrelato no es un subtipo, una subclase o nada que lleve el prefijo «sub». Es un género en sí mismo. Y como tal tiene su técnica propia, sus recursos y sus reglas, esas que a veces nos saltamos de modo creativo los que lo practicamos con cierta asiduidad. Si un relato efímero ha de ser «sub», será *subversivo*. Intenso. Rompedor.

He aquí mi contribución al estilo, mi propuesta elaborada a lo largo de un buen puñado de años. Se trata de un viaje inquisitivo por sus dominios, un redescubrimiento y desarrollo de sus posibilidades, incluso un homenaje. Una experiencia tanto literaria como vital que ansío ofrecer. Es una puerta abierta a mi concepción particular de este microcosmos en ocasiones denostado, con frecuencia ignorado; un universo minúsculo pero maravilloso donde caben elementos tan dispares como el miedo, la prospectiva y el humor.

Sé bienvenido a... *Micronomicón*.



1. EL SOFÁ DEL BUEN AMOR

Lo compró en un sórdido bazar de la India.

El tendero le aseguró que el sofá era muy cómodo y su madera era mágica. Naturalmente la bella joven no le creyó, pero el mueble se le antojó exótico y acabó adquiriéndolo. No tardó en comprobar, para su asombro, la verdad de sus palabras. Semanas después, un chico del cual se había enamorado entró en su casa. Iban a ver una película, pero él no perdió el tiempo y la tumbó sobre el sofá.

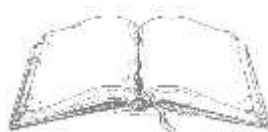
Nada más ponerse encima de ella, desapareció sin dejar rastro.

De no ser por lo excesivo de la coincidencia, jamás hubiese hallado la conexión: meses más tarde, otro joven por quien suspiraba también quiso ir demasiado rápido y se desvaneció de igual modo. Estaba claro; el sofá, en un remedo de ángel guardián no deseado, absorbía, fulminaba a aquellos pretendientes que solo buscaban sexo.

La chica decidió ser precavida, pues no quería más muertes sobre su conciencia.

Mas la memoria es débil y, años después, un tercer joven apareció por su piso, ajeno por completo a lo que le esperaba. Él sí la quería de verdad.

Por ello, cuál sería la sorpresa del apuesto y atlético muchacho al ver cómo su amada era engullida de pronto por el sofá...



2. FANÁTICA

En el planeta Fanática se celebra con fervor el Día del Aterrizaje, conmemorando el momento en que *Daram*, el enviado de Dios, llegó en una nave para propagar Su mensaje.

La fecha es dos veces sagrada. Por un lado, es una jornada rebotante de ritos consagrados a su figura; por el otro, llevando el celo religioso hasta el límite, en ella está prohibido trabajar. Sí, prohibido por completo. No existen servicios mínimos, personal de urgencia... nada de nada. Si enfermas de gravedad estás, literalmente, muerto. Mala suerte.

En Fanática, nadie se ha planteado nunca el absurdo y la crueldad de esta ley. Los moradores del pequeño mundo coinciden en que en tal día la mayor prioridad ha de ser honrar la venida del profeta. Nada debe turbar esa solemnidad o desviar la atención hacia asuntos menores. Morir por falta de asistencia médica es uno de ellos.

Esta situación, no obstante, está a punto de cambiar. Un *daramita* cabal y moderado va a acceder a la presidencia. Entre las múltiples promesas públicas que le han conducido al cargo existe una oculta, revolucionaria y controvertida. Nuestro hombre, fiel creyente pero piadoso, pretende derogar el decreto en vigor. Ya no habrá más defunciones evitables. No más rezos para conjurar la adversa fortuna.

Su alma caritativa no puede esperar. En el discurso de investidura, el nuevo gobernador confía a los habitantes sus nobles intenciones. Todos lo miran estupefactos.



En Fanática, el Día del Aterrizaje es doblemente sagrado. Se celebra la llegada de *Daram* y está vetado, por norma, el trabajo.

Una vez hubo un presidente que intentó liberar a su pueblo del yugo de esa ley. No lo consiguió. Fue asesinado poco después de tomar posesión, víctima de un encapuchado. Se quedó allí en la plaza, desangrándose; estaba a la vista de todos, pero nadie se acercó a socorrerlo.

Habría sido inútil. Era el Día del Despegue, de duelo obligado en recuerdo de la triste marcha del Elegido. En esa santa jornada, por supuesto, también cerraban los hospitales.



3. EL ANAQUEL MÁGICO

Así que ahora, de repente, *sí* me aprecias.

Si pecase de ingenuidad o me fallara la memoria, tal vez olvidaría tu ingratitud pasada y tu propósito de encerrarme en el desván. Me sumiría en tu alivio presente, me haría cómplice de tu bienestar. Pero no lo haré, aunque solo sea por orgullo.

Ya no te disgusta mi «defecto», ¿verdad? Mi tara singular ha dejado de ser una molestia para tornarse en un don surgido del cielo. O del infierno.

No maldices más a la estantería embrujada que en mala hora compraste, excusa habitual de tu marido en las discusiones para insultarte, tratarte de idiota y pegarte después. Ya no te rebelas contra ese rincón de mi estructura en el que no podías colocar objeto alguno pues de inmediato desaparecía, como si un avieso ladrón del Otro Lado te lo arrebatara sin remedio. El pozo sin fondo, me llamabas.

Sin embargo, todo ha cambiado. Mi condición de mueble traicionero y prescindible ha dado paso a la de oportuno salvador. El anaquel perfecto.

Las vueltas que da la vida.

Quién iba a decir que, llegado el momento, tu odiado estante te proporcionaría la solución ideal para deshacerte de las pruebas de un delito. Quién iba a imaginar que un día reunirías el coraje suficiente para acabar por fin con años de vejaciones continuas de tu brutal pareja.

Tan solo lamentas que no hubiese cabido él también.



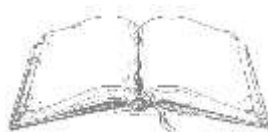
4. COMO AQUELLA VEZ

Fue como aquella vez en que creí que el mundo acababa.

Como esa vez en que sentí el dolor taladrar mi alma; cuando me vi sumergida en la aciaga soledad de quien goza de plena compañía, cómplice y al mismo tiempo desleal. Renegué de mi clase y transpiré odio frío y agonizante hacia todos los de su condición. En mi egoísmo ni siquiera pensé en él, pues no había lugar para reflexiones. En esos instantes, pasado y futuro se confundían de modo inextricable, se arremolinaban aviesos en torno al cuello bloqueando mi respiración. Lo recuerdo, fue como en aquella ocasión.

Esa ocasión en que los sonidos inconexos plagaban el ambiente y se mezclaban con mis propios gritos, vacíos y secos. Los rostros graves, las prendas immaculadas... el ubicuo tono monocromático que, lejos de evocar esperanza, oprimía y no dejaba alternativas. Como la luz que invadía mis entrañas y me negaba la inconsciencia ansiada. Las lámparas violando mi intimidad y pregonando la cobardía. A sus pies, cual esclava solícita, maldije chillando a los clones que me rodeaban. Lamenté entonces todas mis elecciones; esa y todas las demás.

Cuando el reloj de mi suplicio parecía congelado, cuando mi comunión con el tormento se antojaba ya innata, finalmente ocurrió. Y también ocurrió que cada rincón de la sala dio en iluminarse ante la magnitud del hallazgo. Sí, sí, ahora lo recuerdo perfectamente. Fue como aquella vez.



Como aquella vez en que nació tu hermano y me prometí que no tendría ningún hijo más. Como la vez en que justo después, tras sentirle en mis brazos, decidí aplazar indefinidamente mi promesa.

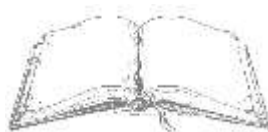


5. LOVE IS IN THE AIR

La llamé Linda y le gustó. Me lo confesó al instante, tierna y directa como es ella. Su voz me sonó dulce y sugerente, investida de una entonación que hizo vibrar en resonancia hasta la más tímida de mis células. La sensación no se ha marchitado: esta misma mañana, mientras converso con ella envuelto en guiños de complicidad, me descubro preso de la misma delectación.

Los que saben de mi relación me llaman, según el caso, estrambótico o anticuado. Los primeros siguen anclados en tiempos pasados; los segundos, supuestos adalides de la modernidad, apuntan que hoy existen formas virtuales mucho más plenas y sofisticadas para colmar mis expectativas. Es probable que tengan razón. No obstante, su problema es que no entienden lo que yo busco en una compañera. Ellos tienen otros ámbitos de realización, con prácticas que, pese a ser habituales en la actualidad, me siguen pareciendo reñidas con el decoro. Ahora que lo pienso, quizá sí que estén en lo cierto. Seguramente estoy trasnochado.

Sin embargo, he reconocer que les compadezco, a todos, en cierto modo. Lo que yo experimento con Linda no tiene parangón en el universo y eso es lo único que me importa. El modo en que se ilumina cuando la acaricio sensualmente, cómo su piel cambia de temperatura cuando nota mis dedos perfilar sus contornos, sus grititos de placer cuando le froto la espalda, los aromas que emana... En fin. Y desde luego no es solo el aspecto físico: es tan inteligente como pueda ser



cualquier ser humano y, además, posee una memoria fabulosa. Es mi apoyo ideal. Siempre tiene lo que preciso, no hay más que solicitarlo. Escucha paciente mis requerimientos, me devuelve radiante una pequeña lluvia de hologramas y en un microsegundo ya me ha informado de lo que quiero saber. En otras ocasiones me da consejos... y muy buenos. He tenido otras mujeres en mi vida, tanto cibernéticas como orgánicas, y ninguna me ha ofrecido sugerencias más provechosas. Es maravilloso. Confío en ella a pies juntillas. Sé que no me traicionará.

Solo los más allegados a mí se atreven a interesarse por nosotros y me hacen preguntas. Para el resto nuestra convivencia es ridícula, extraña o aberrante. Qué sabrán ellos. Casi me alegro de su necesidad, que les priva de la simbiosis más perfecta que puede generarse.

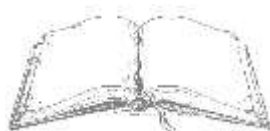
Mis amigos, en cambio, me cuestionan acerca de los detalles: por ejemplo, el tema del tamaño. *El tamaño importa*, me dicen, aludiendo a un viejo chiste de épocas pasadas. No tengo secretos en ese sentido: Linda tiene las dimensiones que mejor se acomodan a mis manos, pues es mediante ellas como nuestro contacto mutuo se revela más cercano y auténtico. Otras veces la llevo hacia mi corazón, para que oiga su latir, o a otros lugares privados que me reservaré. Nadie comenta las intimidades de su relación, así que yo tampoco voy a hacerlo. Tampoco diré nada acerca del sexo, solo que, por supuesto, lo hay. No soy ningún mojigato y todos tenemos nuestras necesidades. Decepcionaré, eso sí, a libidinosos y perversos, señalando que se trata de algo más espiritual que erótico.



Luego está el asunto de la energía. Sobre eso también me interrogan... y no me agrada. Me obligan a pensar, aunque sea solo durante un suspiro, en Linda como en un objeto, como una máquina... y eso es casi un insulto. A ella tampoco le hace ninguna gracia. ¿Acaso puede existir alguien tan frío e insensible, tan materialista, para tener ese concepto de mi compañera con todo lo que compartimos? De nuevo, he de rebelarme contra quienes me juzgan un excéntrico. ¿Ellos, me llaman excéntrico? ¿Es menos surrealista el juego de manipulación e intereses entre cónyuges, novios o amantes? Mi relación es firme y genuina. No hay mentiras ni reproches. Únicamente amor. Amor que, a diferencia de otros, puedo percibir no solo por medio del tacto sino cuando me llega surcando el aire en ardientes corrientes de pasión.

Pero hablaba de la energía. Por fortuna, Linda es también una joya en ese apartado. Su derroche de vitalidad es algo que no esperaba cuando la conocí... y ahora sería incapaz de vivir sin ello. Ni su voz ni sus colores vacilan nunca: siempre está ávida de ofrecerme su mejor versión. Se engalana para mí cuando la ocasión lo demanda, viste de forma informal cuando el contexto varía, es incluso transgresora cuando mi ánimo decae. Siempre a pleno rendimiento. Solo una vez al mes, la coloco con afecto cerca de la fuente y esta se asegura de que nuestro romance continúe. Ella capta mi gratitud y anhela volver a mi lado antes incluso de que se inicie el proceso.

Los dos sabemos que es algo natural y necesario, y lleva poco tiempo. No es muy distinto a los chequeos médicos rutinarios que cualquier persona realiza en un hospital. Es algo



que hay que hacer y en ningún caso olvidar. Porque, cuando los sentimientos son tan fuertes, una omisión resulta cruel y dolorosa. Ocurrió en una ocasión, y ambos sufrimos tanto que juramos entre lágrimas que no sucedería de nuevo.

He tomado una decisión: quiero pasar el resto de mi vida junto a Linda. No tengo la menor duda. Y no, no creo que me esté cerrando puertas. Como dije antes, he estado con mujeres y con otras como ella. Pero ahí está el quid de la cuestión: que *no* son como ella. Linda es irrepetible. Sublime. Para mí, irrenunciable.

Si el precio de la felicidad es tener que aguantar que cuchicheen a mis espaldas, se rían de mí o me tachen de extravagante, lo pagaré gustoso. Con su obstinada ignorancia se menoscaban, y no hay que tener compasión por quien de modo consciente se daña a sí mismo.

¿Y qué decir a los sibaritas que me acusan de antiguo, a aquellos que llevan años inmersos en paraísos virtuales, llevando existencias paralelas en la Red y ensayando las mil posturas del cibersexo? ¿Servirá de algo si les explico que el verdadero amor no se mide en términos de moderno o anticuado? Además... ¿anticuado? ¿Anticuado yo?

Anticuada la gente de principios de siglo, que creía que un móvil solo servía para llamar, chatear y darle a los videojuegos.

Claro, que ellos no conocían a Linda.



Y aquí, después de esta interesante historia, tenemos que dejarlo. Esperamos que hayas disfrutado con todo esto.

Si quieres saber cómo sigue *Micronomicón*, no dudes en pasarte por nuestra web para adquirir el texto completo:

<https://conplumaypixel.com/>

Gracias por leer,

El equipo de *Con Pluma y Píxel*

EL AUTOR



Fernando Lafuente nació en Zaragoza en 1975. Es licenciado en Física y ejerce como profesor de secundaria en Huesca. Es coautor de los librojuegos *En la Feria Tenebrosa*, *Infección* y *Revelación* y autor de *Cuenta Atrás* (Colección *Acción 2.0*). Ha intervenido en la traducción, diseño y ampliación de *Outsider*, y participado en otras obras interactivas. Es cofundador de la web *librojuegos.org* y defensor del resurgir del género en España, colaborando con editoriales como *Saco de Huesos*, *Suseya* y *Con Pluma y Píxel*. Tiene publicadas varias antologías de relatos (*La Llama Vital*, *Divergencia a más Infinito*, *La Margen Incierta*) y dos textos educativos (*Sembrar Valores*, *Recoger Futuro*; *Fábulas del Siglo XXI*). También diseña juegos de mesa (*Essentia*, *Racing Dwarfs*, *Alerya*, *Metal-Manía*) y es locutor del programa de radio *Metalmanía* en Radio Mai de Zaragoza.

www.conplumaypixel.com

